



Seix Barral Biblioteca Breve

Antonio Ortuño

Ánima

© 2009, Antonio Ortuño

Publicado por acuerdo con Michael Gaeb Literary Agency

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de portada: Estudio La fe ciega / Domingo Martínez

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2021

ISBN: 978-607-07-7536-9

Primera edición impresa en México: mayo de 2021

ISBN: 978-607-07-7608-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

El universo entero me es adverso

Yo no era aún el Gato Vera, director de películas de zombis, ni Arturo Letrán era el eterno pretendiente al Óscar por esas cintas bobas que luego supo hacer. Eran tiempos simples, de víspera y adviento, y lucíamos como los retratos de un anuario escolar: cabello abundante, pellejo lustroso, un aliento que no era aún veneno manando desde tripas amoratadas y podridas. Había cumplido recién los dieciséis años: el tedio y la deserción escolar me llamaban. Y quiso el destino (fórmula, esta, menos huera de lo que se dice) que una mañana encontrara al tutor perfecto. No muchos hombres consiguen identificar el día en que se volvieron unos canallas. Me siento afortunado.

Fui echado de la escuela por rayar las paredes de un baño. No iba a volver a casa y confesarlo: tomé un camión y lo visité, le pedí empleo. Pareció interesado.

—Lo que vas a hacer podría hacerlo un chango. O una chica guapa. O hasta yo. Pero ni chicas ni changos quieren trabajar quince horas seguidas. Y yo, si disparo la cámara, regreso allá, muevo los muñecos, regreso acá y disparo y regreso y muevo, me tardo el doble.

El estudio de filmación. Una habitación sin ventanas, de techo altísimo; un almacén poblado por cables, mesas atestadas de papeles y latas de cerveza, muros repintados de negro y, por aires y suelos, las luces: reflectores que asaltaban ojos y piel, pendientes de arneses y rieles, sostenidos por trípodes, derribados en el suelo a merced de un pisotón casual o malintencionado. Polvo en cada centímetro: apeñuscado por los rincones, extendido por los muros como salpullido, descendiendo cansinamente en los haces de luz, colándose por la nariz y arañando la garganta con uñas insufribles.

El lugar lo dominaba él. Se llamaba Roberto Romo y le decían el Animal. Era chaparro, forzado y rencoso. No es que fuera enano, me llegaría a la quijada, pero yo tenía dieciséis años entonces y me evadía, como de costumbre, del sopor de las clases matinales, mientras que él había cumplido veintisiete y no levantaba metro y medio del suelo. El Animal necesitaba un chango que disparara la cámara y allí estaba yo, a punto de devenir mico proficiente.

El sueldo que me ofreció no era pésimo, si consideramos que la ley vedaba que se le diera trabajo a un menor (sin prestación alguna ni seguridad social ni horarios fijos, aunque miles en el país lo aceptaran, de hecho, y murieran calcinados, despellejados o descuartizados en horarios laborales sin que sus patrones mandaran ni una coronita de flores al sepelio) y que la faena podría haber sido consumada decorosamente, como ya se ha indicado, por cualquier antropoide vivo. Todo se limitaba a pulsar el disparador cuando el Animal dijera «ya».

—Le pedí a una amiga que hiciera el trabajo. Pero a su madre le preocupa que un cochino como yo la seduzca. No la dejó.

Rascó sus testículos, para dejar claro que el temor no resultaba hipotético, y escupió en un rincón. A esa costumbre se debía que, allí en donde sus esputos aterrizaran, prosperara una sustancia membranosa que se exaltaba en charcos y manchones y que habría que retirar, en algún término futuro, con espátula y mohín de asco.

—Es por los bronquios irritados. Siempre toso. —Esa era la explicación.

La alternativa era volverse a la biología, el despeje de ecuaciones, los rudimentos del civismo contemporáneo. Sentarme en un banquito de madera y ser un chango me convenía más. El Animal entregó el disparador como quien cede a un extranjero las llaves de la ciudad. Caminé a tumbos hacia el escenario y comenzó a manipular los engendros de plastilina: una muñequita pálida y unas galletas.

—¿Sabes dibujar?

Confesé que no, que apenas sabía manchar los muros con pintura en aerosol; que, a veces, lo hacía ayudado por una plantilla para dar sentido a mis borrones. El Animal quiso verlo y le expliqué brevemente, unas rayas en el cuaderno de física, cómo fabricar un esténcil y llevarlo a un muro. Ni el proceso ni el resultado le interesaron, a juzgar por sus bostezos.

—¿Has escrito algo?

—No.

—¿Lees algo?

—Algo.

—Eres el auxiliar que merezco.

Ni firmamos un contrato ni nos estrechamos las manos. Pasé a ser su esbirro y permanecí en ese puesto, salvo por algunos malos instantes, durante años.

Nadie tiene la obligación de saber cómo se hace la animación en plastilina ahora que es una reliquia, desplazada al asilo de las técnicas obsoletas por la animación computarizada. El Animal era la mayor estrella de la plastilina y el caucho en la ciudad, lo que poco tiempo después equivaldría a ser el último artesano de la goma de chicle del planeta. No hay misterio en el arte que practicaba: se elaboran muñecos y escenarios, se retratan, se les mueve, se les vuelve a retratar. Luego se edita de forma que aparenten movimiento y se intenta cobrarle a algún bendito por el resultado.

El Animal no dejaba pasar un minuto sin vanagloriarse de sus relaciones carnales con toda clase de agencias de publicidad y recitaba su currículum a cada tictac de reloj, quizá para imponer respeto o quizá porque a él mismo le parecía deslumbrante: había elaborado, tic, en poco más de cinco años, tac, avisos para la Feria del Libro, tic, una marca de sopas instantáneas, tac, una firma de rotuladores, tic, y hasta para la cámara de cultivadores de plátano del país, tac.

(El aviso de los plátanos, a consecuencia de la candidez o mala leche del productor, resultó de una obscenidad tan pasmosa que nunca llegó a ser transmitido y tampoco se pagó, lo que vendría a ser el primero de los incontables líos del Animal con la cobranza; el mensaje, por cierto, consistía en una serie de labios femeninos que succionaban plátanos a medio pelar, mientras un locutor declamaba *ad nauseam* las bondades del fruto: «Rico, nutritivo, sabroso y llenador; rico, nutritivo, sabroso y llenador; rico, nutritivo, sabroso y...»)

Lo que nos proponíamos filmar aquel día, el primero de mis labores de esbirro, era un comercial televisivo para Galletas Moniní: una muñequita de falsa harina bailaba

tap y entonaba una cancioncilla en compañía de pastas variopintas. La letra de la copla rezaba: «Date gusto... Moniní... dales gusto... Moniní... dame gusto... Moniní... ¡Ay, qué gusto... Moniní!».

Un hombre sensato habría citado en aquel momento al productor y exigido seguridades, o, al menos, dejado constancia de sus reparos ante el cliente. El Animal solo escupió otra masa carnosa al rincón, se limpió las comisuras con la hoja (espantosamente arrugada) del guion visual y regresó al trabajo.

—Que le dé gusto por el culo, si quiere. Lo mismo le voy a cobrar un millón.

Sentía un placer voraz, lo fui sabiendo, al vocalizar la frase «un millón». Quizá por ello su costumbre de afirmar lo siguiente que se le vino a la boca:

—Carajo. Si me dieran un millón, haría la mejor película de la historia.

Nadie iba a extenderle un cheque por la cantidad solicitada, así que resultaba imposible acreditarle falsedad. Yo le creí con la fe que suele concederse, en la adolescencia, a las historias de los tipos mayores. Y quizá eso explique lo que pasó: el Animal narraba peripecias demenciales y yo las creía y repetía. No me pareció extraño, por tanto, que comenzaran a ocurrirme a mí. Dejé de frecuentar las tierras que todos conocemos y entré, sin saberlo, al mundo fantasma.

Conocí al Animal meses antes.

Una mañana, mi hermano informó que había invitado a comer a un amigo de la universidad, un tipo mayor que estudiaba por pasatiempo. Mi madre, que cada día se largaba al trabajo apenas terminaba de cocinar, dejó un

plato más en la mesa y se evaporó. Dejó un plato extra, sí, pero la ración guisada era la misma y cuando el invitado apareció hubo necesidad de incautarse la comida de mi hermano y gran parte de la que me habría tocado a mí para que tuviera viandas suficientes que llevarse al buche. Comimos papas fritas y bebimos leche de vainilla mientras él tosía y escupía, se atascaba la carne con frijoles y se lamentaba de que estuviera demasiado salada como para resultar aceptable. No se piense, sin embargo, que el Animal era un miserable. A media tarde le volvió el apetito y pidió pizza para todos.

Su segunda venida, como dicen que será la del Cristo, resultaría menos amistosa.

Antes de estudiar literatura, mi hermano había sido alumno cabal y muchacho prudente. Pero semanas después de matricularse en la universidad ya era un borracho de tiempo completo, amistado con toda clase de tipos peludos que habían decidido ser artistas: sujetos que entonces parecían brillantísimos y que, a la postre, demostrarían haber nacido con talentos apenas equivalentes a los de sus padres —panaderos, abogados, comerciantes—. Pero a esos peludos, a todos los peludos, les había sido deparado envejecer infectados por una desesperación del tipo «ustedes no saben lo trascendental para el espíritu que pude ser» que jamás afligirá a ningún panadero. Tal matiz los dotaba de una melancolía que paliaban abandonándose al alcohol, la promiscuidad y los químicos. Así sucedía durante un tiempo, al menos, antes de que se entregaran, como el resto de los mortales, al salario mínimo y la seguridad social.

No había viernes por la noche que mi hermano pasara en casa. Con el puritanismo (o envidia) de mi adolescencia, hervía de indignación cada vez que aparecía, apestoso

a alcohol y recién vomitado, solo para que el alivio de mi madre al encontrárselo vivo la llevara a declarar clausurados los trabajos del congreso nacional de su histeria y perdonarlo. Lo sentaba a la cabecera de la mesa, le servía chilaquiles y café y procuraba sonsacarle alguna verdad de entre la maleza de invenciones con que justificaba sus andanzas.

Una mañana de sábado tardó demasiado como para merecer benevolencia: mi madre, enardecida, se marchó a buscarlo en hospitales y comisarías. Apareció cerca del mediodía, acompañado por el Animal, saboreándose ambos los chilaquiles y el café. Se mostraron contrariados por no encontrarlos servidos.

—Mamá te va a matar. Está en los hospitales, búscandote —dije con mi mejor tono chismoso y pendejo.

—Pues a ver qué muerto se encuentra —farfulló el Animal, que se había echado en un sillón y paseaba la vista por los escotes abiertos de los libreros—. Acá leen pura mierda, ¿eh? —agregó con gentileza.

Mi hermano intervino para defender los títulos increpados y pronto se enzarzaron en un debate estético que me pareció de altísimo nivel y que seguramente fue una bobada. Pero más importante que el altercado fue que el Animal, de improviso, agachó la cabeza en un ángulo chocante (se notaba desde entonces la rigidez de la espalda) y lanzó la zarpa en pos de algo que entrevió en la segunda fila y que solamente yo sabía que se encontraba allí.

—*Memorial de Alta Magia* —leyó—. Esta mierda sí la leo.

Mi hermano respondió con una de las mejores muecas de desconcierto que le he visto a nadie en la cara desde los tiempos en que los romanos prendieron al Cristo, lo sometieron a una sesión de interrogatorios judiciales científicos y terminaron por dejarlo clavado a un palo.

Mi padre nos había abandonado sin legarnos más que una serie de cajones enmohecidos. Reposaban en ellos decenas de volúmenes sobre materias magníficas: ocultismo, quiromancia, tarotismo, sexo tántrico, liberalismo económico. Durante años reputé a mi padre como un iluminado, capaz lo mismo de adivinar el futuro financiero del país que de arrojar llamas por las fosas nasales si se encontraba en peligro. Tristemente no solo era incapaz de ello, sino que jamás le habría pasado tal cosa por su cabezota: el lote de libros le fue cedido en prenda de una deuda que no llegó a ser saldada y él, resignado, los almacenó como otra más de sus capitulaciones ante la fortuna.

El *Memorial de Alta Magia*, hinchado de recetas de improbable consumación (para volverse invisible, por ejemplo, resultaba menester masturbar a un gnomo, contener sus emanaciones en un frasquito y, sin perder la seriedad, tragárselas), con aquellas pastas pulverulentas y arruinadas, encandiló al Animal. Sin pedirlo siquiera, y dado que mi hermano negó cualquier conocimiento o interés en su existencia, se lo echó a la mochila y procedió a largarse de casa, ya que no había chilaquiles o café para retenerlo. Aterrado ante la posibilidad de que mi familia indagara en mis intereses sobrenaturales, guardé silencio. Pero odié al Animal y seguí odiándolo cada vez que volvió a asomarse por casa sin dar visos de reintegrar el *Memorial de Alta Magia* a su rincón.

El productor del comercial de Galletas Moniní apareció, sin advertencia previa, la mañana de un viernes. Calvo, pálido y lonjudo: ropajes y lentes negros y una sonrisa que recordaba el enrejado de una cloaca. Había tomado el primer avión desde la capital y, antes de visitarnos, se había

detenido a desayunar en una fonda en la que los huevos con chorizo resultaron tan nauseabundos que lo pusieron de un humor infame. La ira le desbordaba del gañote, en forma de bufidos, cuando apretó el timbre del estudio. No funcionaba. El tipo tuvo que golpear la puerta y esperar veinte minutos.

Es muy posible que antes de echar a perder un comercial de plátanos y prepararse para hacer lo propio con uno de galletas, el productor habría sido una notoriedad en la materia: el gurú de la consigna seductora, el redentor del *jingle* memorable. Cómo saberlo. A esas alturas, nada en su febril comportamiento llegaba a explicar que alguien sin un kilo de cocaína campanilleándole el hipotálamo depositara su confianza en él.

Escuchamos, finalmente, los gritos y golpes y corrimos a su encuentro. Su risita de cañería nos desarmó. El tipo dio dos brincos, miró con recelo los monstruos alienígenas de goma que decoraban la recepción del estudio y se escurrió con un gruñido que mezclaba acidez estomacal y desasosiego estético. Antes de presentarse, comenzó a maldecir.

—Qué putas es esa mona.

Hasta ese día, el Animal había sido ante mis ojos un huracán, un dios Pan indomable. Qué vergüenza, verlo sometido: su voz, un puro silbido soso, aterrado, extinguiéndose en la brisa.

—Es... la Moniní.

—Sí, pero de qué mierda la hiciste.

—De plastilina.

—Esa mierda no sirve. Hazla de plástico.

—¿Plástico?

—Látex.

El productor no se percató de ello, pero el Animal había perdido diez centímetros en los segundos transcurridos.

Apenas era posible verle la cabeza desde el otro lado del estudio y seguía achaparrándose mientras el invasor daba vueltas en torno al escenario.

—Sobra luz. No quiero que esto parezca Disneylandia. Ni madres. Menos luz, menos. Y látex. Hazme todo esto, pero en látex.

—La plastilina tiene mejor textura —me atreví a sugerir.

El monstruo volvió la oreja y dirigió su dedo hacia mí. Chillaba.

—¿Qué es *eso*, cabrón?, ¿qué es *eso* que habla?

—Es solo el gato —describió el Animal. Tal era el modo, profundamente clasista, en que los naturales de la ciudad de _____ denominaban a sus empleados: gatos.

—¿El *gato*?

El Gato.

El Animal no entró en más aclaraciones y optó por concederme el título profesional más impresionante que he recibido en vida.

—Es el Operador de Cámara.

—¿El operador, un niño? No mames. ¿Te lo coges?

El Animal levantó las cejas y le opuso, homérico, su metro y medio.

—No. No voy a hacer nada con plástico ni me cojo al operador ni quiero que muevas las luces.

El reptil adelantó la pata hacia el enano y lo aplastó de un pisotón.

Unas palabras minúsculas surgieron entre el polvo:

—Lo que digo es que hacemos lo que sea. En látex. Como quieras.

No sabía lo que era el expresionismo alemán hasta la mañana en que fuimos a recoger el rollo revelado de la Moniní y lo proyectamos en el estudio. El Animal tenía un socio, un gigantón rubio llamado Arturo Letrán, quien de cuando en cuando asomaba los mofletes por la filmación y evacuaba algún comentario desalentador sobre lo que veía. Letrán nunca llegó a dirigirme la palabra ni a conocer, supongo, mi nombre: me saludaba con una inclinación de cabeza y sonreía por entre unas barbas pajizas.

Revisamos el comercial dos veces, en silencio. Se movía bien, la Moniní, y hacía transitar con toda propiedad el cucharón entre sus piernas mientras las galletas daban cabriolas a su alrededor. Pero algo no funcionaba: el comercial estaba oscuro, lo que atribuí a una falla del proyector o del propio revelado. Nada: eran las luces, malamente rectificadas por el productor, las causantes del desastre.

Al Animal se le inflamaron las venas del cuello. Daba vueltas como un perro con comezón en el culo y repasaba las imágenes desde ángulos desiguales, hasta que se convenció de que no enceguecía: aquello parecía iluminado por un quinqué.

—Esto es expresionismo alemán. Berlín después de un bombardeo. En lugar de *moniní monaná*, que la mona cante *Lily Marlene* —juzgó Arturo al ser interrogado.

—El productor movió las luces. ¿Qué putas hago?

—Estás bien pendejo, Animalito —respondió Letrán.

Envalentonado luego de algunas cervezas, el Animal recuperó la dignidad. Carajo: el productor de mierda ya lo había arruinado una vez y no iba a permitírsele de nuevo. Era el Animal y no el productor quien había animado aquellos comerciales de plastilina de la Feria del Libro (tic) que todo santo viviente había enaltecido en las agencias (tac). Era el Animal y no el hijo de puta del productor

(tic) quien había conseguido hacer una versión asombrosamente realista de una sopa instantánea (tac), pues resultaba imposible que los fideos habituales danzaran como esperaba la clienta (tic). ¿Quién era el productor (tac), simple capataz culero incapaz de digerir unos huevos con chorizo (tic), para cambiarle de lugar las luces (tac)?

El Animal se empujó una cerveza en dos tragos y lanzó un eructo que resonó en las paredes como un presagio. Expectoró luego. Otro kilo de gelatina se acumuló, a su cuenta, en el rincón.

La cámara que utilizábamos debería estar hoy en un museo. Y quizá lo estaría, de no ser porque el Animal tuvo una mala racha, que duró el resto de su vida, y debió desprenderse de ella. Era una reliquia utilizada por el gran fotógrafo Figueroa para *La perla* y doscientas películas menos ilustres. Luego de haber sido olvidada o rematada en Estados Unidos, algún loco en San Francisco o Wichita Falls había reparado su motor y tripas y el mecanismo servía ahora para la animación de cuerpos fijos. Cuando uno pulsaba el disparador, en el celuloide se fijaba un cuadro y la cámara se detenía en lugar de seguir, como sucedía con sus vulgares hermanas. Ingenuamente, y debido a que cada vez que pulsaba el botón transcurrían unos segundos de zozobra antes de que el mecanismo se pusiera en marcha, pregunté al Animal por qué no jubilaba aquel vejstorio y adquiriría uno más apropiado a sus fines.

—No hay comparación entre la calidad de esta chica y lo que podría conseguir hoy. Ya no hacen cámaras así. Figueroa se la compró a un tipo que estuvo en la Segunda Guerra. Y ese tipo filmaba un noticiero para cine. O sea: la chica estuvo en Normandía en 1944 y al año siguiente

fue segunda unidad en *La perla*. Es invulnerable. Tiene un mecanismo que la hace correr aunque la empujes por agua o arena.

Para reforzar el punto le dio, al pasar, una palmada en donde se le ubicaría el anca. Manipuló a la Moniní mientras silbaba *El puente sobre el río Kwai*.

—Ya.

Pulsé el botón.

No sucedió nada.

—Ya.

La cámara se puso en marcha con un gorjeo como el que arqueaba el torso del Animal al escupir. Tomó la foto.

—Ya.

Pulsé el botón. Otro fotograma. Si avanzábamos al ritmo de esas horas iniciales, tendríamos unos segundos de animación listos antes de la salida del sol.

—Ya.

El Animal había trabajado como cajero en un banco para adquirirla. Le pregunté si la filmadora de Arturo, que pasaba las noches abandonada en una caja metálica, había sido comprada mediante el mismo procedimiento.

—Arturo es un Letrán, no un cualquiera. Mientras se gana el Óscar, su padre lo mantiene.

Pese a la pulla, el Animal no era tipo de envidias. No le interesaban los millones del padre de Arturo ni los guiones que el socio preparaba en la oficina del fondo.

—Antes planeábamos películas de terror. Nunca hicimos ninguna, solo cortitos, pero íbamos a hacerlas. Ahora Arturo solo piensa en películas *serias*. Me dejó la plastilina y se dedica a ser Sófocles.

El Animal no había leído una sola página de *Edipo rey*, pero el nombre le invocaba algo a la vez respetable y absurdo, y lo citaba con perfidia.

Índice

Prólogo a la nueva edición	11
Créditos iniciales	17
El universo entero me es adverso	22
Dinero, dinero, en dónde está el dinero	54
<i>Open all night</i>	83
A mitad del camino de nuestra vida	126
El amor apache.....	159
La elipse de Ícaro	191
<i>Stop</i>	233
Agradecimientos.....	251